

Última llamada

Había salido de casa después de comer; como siempre se puso el abrigo de cuadros rojos y se colgó el bolso del hombro izquierdo. Quiso decírselo, pero él estaba encerrado en su estudio, por lo que tras dejar una nota en el aparador salió a la calle. En su cabeza se agolpaban las ideas, las preguntas; preguntas todas ellas sin respuesta.

Cruzó la carretera después de mirar a ambos lados y se dirigió al mercado. Tenía una montaña de preocupaciones. *“Últimamente se pasa tantas horas en el estudio que casi no lo veo, y está más callado que nunca. Seguro que ya no me quiere, se cansó de mí, o peor todavía, seguro que tiene a otra. Sí, eso es, tanto hablar por teléfono y siempre quiere contestar él. ¿Dónde está la fruta?... ah, sí, ya la veo, espero que los plátanos estén maduros, a él le gustan maduros. Pero... no es posible, si nunca sale de casa ¿cómo la habrá conocido?, no, no puede ser otra mujer. Verdes, las peras parecen buenas, medio kilo llegará. Entonces es que se habrá cansado de mí, hace ya cuatro meses que no hacemos el amor. Llevaré también un poco de verdura que le gusta mucho. Sé que le gustaba... pero hace ya cuatro meses. ¿Coles de Bruselas?, sí, tienen buena pinta. Tampoco le puedo preguntar si le ocurre algo, se enfadaría y empezaría a gritar y se estropearía todo, sería peor que ahora. Espárragos, hace tiempo que no los come. Más tiempo hace que no me prueba a mí; ¿es que ya no le gusto?, ¿habré engordado?, no, la ropa me sirve igual que antes. ¿Pescado?, lo comimos ayer. Puede que quiera hacer cosas nuevas... pero no, solo tendría que decírmelo, además ahora ya casi no habla, ni me mira siquiera, se encierra allí en esa habitación y se pasa horas con esa música horrible que vuelve loco a cualquiera. ¿Lo hará para castigarme?, ¿como venganza?, por qué si yo siempre trato de complacerlo en todo lo que a él le gusta. Y siempre trato de no molestarlo ni de interrumpirlo y tampoco he entrado nunca en su estudio. ¿Por qué, entonces? ¡Dios, ya no sé qué pensar! Unas cuantas latas estarán*

bien, mejillones, sardinas, atún, sí, esto llegará. Pero, ¿por qué no me habla?, ¿por qué no me dice lo que le pasa?, ya sé que yo no podría ayudarlo si es que está enfermo o algo así, pero hay médicos, podríamos visitar uno... o varios”.

Había anochecido cuando comenzó a subir las escaleras lentamente, con el peso de las bolsas que le tiraba de los hombros hacia abajo, como si estas intentasen arrancarle los brazos. No notaba ni el peso ni el dolor en los hombros, su cabeza era un mar tormentoso de preguntas, conjeturas y suposiciones. Dejó las bolsas en el rellano de la escalera para poder buscar la llave; la sacó del pequeño bolso de piel para introducirla en la cerradura pero se detuvo; los gritos que partían del interior de la casa la dejaron paralizada.

Intentaba recordar cuanto tiempo llevaba con él, pero ni siquiera sabía el día que la había conocido. En realidad, siempre había estado con él, por lo menos hasta donde él llegaba a recordar. Sí, ahora estaba seguro, ella siempre estuvo ahí, mirándolo, impasible, con esa presencia insoportable, con ese angustiante amor silencioso, imperturbable. *¿Por qué tenía que ser así? “Ella está en todas partes, como un fantasma, nunca se la oye, siempre en silencio; anda en silencio, se ducha en silencio, friega, come, barre, hace el amor, habla en silencio. ¡Ojalá rompa un plato!... ¡Tropiece con esa silla!... ¡Ojalá grite! ¿Por qué no puede ser como los demás?, como toda esa pandilla de estúpidos que se ríen, alborotan y gritan creyéndose felices. ¿Por qué se parece tanto a mí?”.*

Le gustaba, la quería e incluso la amaba... era preciosa, pero su abnegación, esa maldita entrega, la sumisa alabanza deidificadora de que era objeto por su parte... ¡cómo lo odiaba! La odiaba con fuerza en su interior, huidízamente, eso era, una eterna huida por la casa para no encontrarse con ella, para no ver esa mirada de perro fiel, de oveja triste; esa era la mirada que aborrecía, hasta hacerle daño, quemándole por dentro, estallándole en la cabeza; eran esos ojos de reproche indefinido los que lo castigaban, los que le pedían perdón acusándolo para después contestar sí a cualquier cosa: siempre en el mismo tono de disculpa, con el mismo volumen indefinido, sin fuerza, procurando no molestar pero haciendo daño. Huir, huir, huir de esa mirada, de la presencia, escapar de ese leve contacto y, aún así, la sentía, la intuía en la

cocina, o en la habitación de al lado, esperando siempre la hora en que sale a hacer la compra para relajarse y aguardar el angustioso regreso en el que todo volverá a su cauce habitual.

Por fortuna tenía su estudio, en el que se encerraba horas. Cada día, cada mes, se pasaba más horas dentro del estudio; era el refugio en el que sabía que ella no entraría, era su aislamiento, su perfección, su mundo; y ella no entraría jamás en él. Sin embargo, hoy no era lo mismo que otras veces, no podía concentrarse; a través de la estrecha ventana se oían los coches de la carretera interfiriendo los compases de la música. “*¡Esa maldita carretera!*”. Lo notaba perfectamente, su estado de ansiedad crecía por momentos, sentía una leve presión en la base del cráneo que aumentaba a medida que las notas se deslizaban por la estancia. Nunca había ocurrido eso, siempre había sido al revés; Wagner lo tranquilizaba. La excitación aumentaba y paseaba interminablemente por el pequeño estudio, vuelta tras vuelta; ese nerviosismo inusitado lo ahogaba, las notas le golpeaban el cerebro en un tumulto sin sentido, anárquicamente; sentía náuseas y notaba como iba desfalleciendo, el mareo se convertía en pérdida de consciencia hasta que, dando un alarido, golpeó con furia el aparato que cesó de emitir con un leve y sordo ruido.

Sus oídos se aliviaron un instante, ya no lo molestaba ese incesante y agudo sonido. Sin embargo, persistía un tenue repiqueteo, una sordina intermitente. Dando frenéticas vueltas por la habitación trató en vano de localizarlo, estaba desquiciándose cuando lo oyó todavía más nítido. “*¡Es fuera de aquí, es fuera de aquí!*”. Abriendo la puerta violentamente se arrojó fuera del estudio en busca del intermitente y enloquecedor ruido. Cada vez más claro, en la sala de estar era intensísimo: “*¡el teléfono, la mierda del teléfono!*”. Se abalanzó hacia el como un poseso y asió el auricular con violencia, con un rápido movimiento lo acercó a su oreja: “*¡Diga!*”.

Después de unos segundos reaccionó e introdujo la llave en la cerradura, abrió y entró cerrando la puerta tras de sí. Los gritos continuaban desaforadamente, violentos. No entendía lo que estaba pasando; ¿con quién discutiría?, no podía reconocer la otra voz.

— ¡Déjame en paz, ya está bien!, ¡déjame y no me molestes más!.

Por fin se decidió a entrar. Lo encontró con el rostro desencajado en medio de la sala, la mirada perdida y congestionado por el esfuerzo; lo miró y atravesó hacia la cocina sin decir nada. Él tampoco dijo nada, se limitó a mirarla, pidiendo ayuda con los ojos. Se reanudaron los gritos después de oírse una tenue risa. Regresó a la sala y de nuevo le vio gritando hacia la mesita. “*¡Lárgate, vete de una vez y déjame!*”. Miró hacia la mesita y vio el teléfono descolgado; de él salía una risa sorda, burlona, a la que acompañaban las mismas frases que él decía, casi al mismo tiempo que él las pronunciaba. Volviéndose hacia ella la miró desquiciado: “*¡Lo ves, lo ves, no me deja en paz... Tienes que creerme, está ahí, ¿es que no lo oyes?, es él... y no me deja en paz!*”. Lo miró, estaba totalmente desencajado, vencido, furioso, impotente, suplicándole que lo ayudara. Vio también el teléfono, descolgado y con el auricular hacia arriba del que continuaban saliendo burlas y carcajadas que hacían que él se desesperase más, pero con menos fuerza; se dejaba llevar sentado en el sillón, con las manos cogiéndose la cabeza; “*vete... vete... por favor vete*”.

Todavía atónita lo observaba, llorando, suplicando y el teléfono que repetía sus ruegos una y otra vez, en medio de continuas carcajadas. Le había pedido ayuda y no sabía qué hacer, solo acertó a colgar el auricular. Volvió a mirarlo, seguía sollozando y murmurando palabras entrecortadas que no lograba entender. Se acercó a él y, estrechándolo contra sí, le acarició la cabeza intentando decir algo que le reconfortase; pero no se le ocurría nada, no pensaba en nada. Notó como se incorporaba y le miró, él también le miraba, sin esperanza, afirmándole y preguntándole a la vez; le preguntaba con la mirada y entendió perfectamente lo que aquellos ojos trataban de comunicarle mirando ahora fijamente al teléfono: “*¿Entiendes... entiendes ahora? Yo, estoy ahí*”.

Ahora ella lo sabía, ya no podía hacer nada, todos sus intentos por refrenarse habían sido inútiles, todo había sido en vano. Era la hora de decidir, de decidir con cual de los dos compartiría su vida; solo existía una solución posible y lo sabía, era la única, la única realizable en bien de todos. Estaba preparado, se sentía con fuerzas para afrontar lo que había tardado tanto en

asumir e, incluso, en encontrarle provecho a una situación semejante; pero estaba ya convencido, no podría ser de otra manera.

El estudio estaba tranquilo y podía pensar sin interrupciones, con sosiego: *“Existe el riesgo de que falle o, peor aún, que no me atreva... La culpa es de su mirada, siempre está ahí, incordiándome, acusándome... Si no me mira creo que seré capaz de hacerlo... y si me mira también tendré que hacerlo. ¿Qué opinará él de todo esto?, pero ¿qué tonterías estoy pensando?, jeto tiene que acabarse y es lo mejor para todos!”*.

Se incorporó de la silla y salió del estudio, atravesando el pequeño pasillo se adentró en la cocina, en donde la encontró de espaldas, inclinada sobre el fregadero y lavando los platos de la comida. No se movió mientras se dirigía hacia la nevera, tampoco lo hizo cuando alcanzó la pequeña mesa de formica. No lo entendía, ¿por qué no se giraba para acusarlo con esa mirada de siempre? Volvió a dar otro paseo inútil y esta vez reparó en el cuchillo que reposaba en la mesa y dudó: *“¿Lo habrá puesto ella ahí?, ¿sospechará algo?, y, si lo sabe, ¿por qué me lo hace tan difícil?”*. Asió el cuchillo con fuerza y se dio la vuelta. Se encontró con su mirada de frente, directa, la misma de siempre; al verla, su ansia se transformó en cólera, este era su límite y no quería aguantar por más tiempo esa angustiante y acusadora mirada. Se abalanzó sobre ella y adelantó el cuchillo que entró suavemente en su cuerpo, tiró de él hacia atrás y volvió a empujar con redoblado ímpetu. No podía apartar la vista de sus ojos; veía como ese brillo se iba apagando y el furor crecía dentro de él, en su cerebro, en su corazón, en su mano. Con cada golpe se estremecía con ella, en un delirio, extasiado por el intenso color y espesor del líquido vital; un sentimiento de incongruencia se apoderaba de él, todo nublado, de color rojo, más y más rojo, un estallido bermellón a cada acometida, una detrás de otra, salvajemente, con la angustia acumulada después de muchos años de violencia interna. Era la violencia que ahora descargaba con furia sobre ese cuerpo ya inerte, bañado en sangre. Aún viéndolo, siguió acometiendo con el cuchillo, una y otra vez, aportando toda su fuerza, hasta que, debilitado por el esfuerzo, comprobó que el cuchillo ya no penetraba en la carne. Entonces, solo entonces, cayó de bruces sobre el cadáver, empapándose, fundiéndose con él. Así se quedó, jadeando como tantas otras veces lo había hecho después de hacerle el amor; allí, apoyado en lo que quedaba de sus senos, esos senos que tanto placer le habían

proporcionado, le surgió la pregunta, insistente, metódica, como si su conciencia le estuviese jugando una mala pasada: “¿*Por qué... por qué...*?”. Levemente recuperado se incorporó, quedándose de rodillas al lado de la masa sanguinolenta que pocos minutos antes había sido ella. Se irguió completamente y, ya de pie, la volvió a mirar; con una mirada vaga e indiferente. Por fin, en un reflejo automático, le dio la espalda y se encaminó tranquilamente al lavabo, dejando de prestarle atención. Abrió el grifo y el agua empezó a fluir, detuvo su mano antes de que tocara la helada columna de líquido y la contempló, llena de sangre que le formaba coágulos entre los dedos y en la palma. “*Yo, la quería*”.